

Noé Jitrik

Angel Rama: una imagen

Hay personas con las que uno comienza bien y termina mal; con otras, puesto que no hay leyes fijas, comienza bien y sigue bien, a veces con paréntesis o con necesidades de descanso; con otras comienza mal y termina bien y con otras, finalmente, comienza mal y concluye peor. Pienso que en estas cuatro categorías entran casi todas las posibilidades de relación amorosa o amistosa que se puedan tener durante una vida. Es más, si las convirtiera en sistema podría escribir la novela de mi vida con los otros; apenas me propongo este cuadro me surgen nombres y figuras que reclaman un puesto en la clasificación y que devienen entidades imaginarias, objeto de relato si me digo, por ejemplo, cómo comencé con equis y por qué o cómo la relación terminó en el punto en el que terminó o cuál es el extraño secreto de una perduración amistosa o la mecánica de un corte abrupto o la sustancia de reconciliaciones fugaces o duraderas. Como en el apólogo de Juan de Mairena sobre los banquetes, entra todo y todo, explicándose, me exige, reclama escritura, traza mi propia biografía en el reflejo de las otras figuras sobre mí.

Una de esas figuras es la de Angel Rama: hace apenas un año que murió y ya parece objeto de evocación cuando todavía estoy esperando la carta que me debe, cuando todavía los ecos de su voz me resuenan en los oídos y tantas cosas han quedado pendientes entre nosotros. El distanciamiento que la muerte produce choca con la cercanía virtual de lo inconcluso y el conflicto no tiene verdaderamente solución a menos que, neurótica y omnipotentemente, sigamos negando la muerte, sigamos creyendo que la carta vendrá o la voz resonará nuevamente a través del teléfono para proponer algo nuevo, un nuevo encuentro, una alternativa de acción, un consejo oportuno o una conclusión compartible. Porque

eso era casi siempre lo que venía de Angel, un sujeto a prueba de desaliento y de depresión, uno de los hombres más “continuados”, como diría Macedonio Fernández, que he conocido en toda mi existencia.

Así, pues, que acepto la muerte de Angel y de Marta, y me dejo asaltar por las imágenes: hace poco, junto al Museo Nacional de Washington, volví a divisarla esperándome en el prado vecino al gran ángulo que llega hasta el cielo gracias a la milagrosa geometría del edificio: tres años antes nos habíamos encontrado y ella, sutil por como era y sutilizada por una enfermedad a la que le estaba ganando la partida, me guió, me hizo ver en la pintura, me instaló ya en el futuro al esperarme afuera. Angel no estaba en esa ocasión pero con él me pasa lo mismo, hay imágenes que se apresuran para imponerse unas a otras, las más tranquilas, por decir así, junto a las más nerviosas, las del Angel razonador y paciente, las del Angel apurado y tenso, todas me conciernen y tienen que ver con momentos capitales de mi vida o, al menos, con momentos críticos que también eran suyos aunque vividos de otro modo, con una serenidad de cuya filosofía yo estoy y estuve siempre huérfano.

Pero, para volver a mi esquema inicial, quiero decir que con Angel no empezamos del todo bien; no nos entendimos o al menos yo no entendí muy bien qué me estaba criticando cuando me escribió a propósito de ya no recuerdo qué, acaso un artículo que le mandé a *Marcha*; en ese instante, yo estaba repleto de furor historicista, a la manera de mi generación, y no podía comprender que alguien tomara una fría distancia de ese “contenido” ardiente como la denuncia misma de, me imagino, alguna iniquidad. Era poco después de la aparición de mi libro sobre Quiroga pero no a propósito de él: lo que me fastidió es que examinara mi propuesta algo académicamente, reprochándome incongruencias. Me piqué pero no él, porque no mucho después, hacia el 64, me pidió que hiciera un prólogo a las “Novelas breves” de Quiroga, que iniciaban, si no recuerdo mal, la colección de *Obras* que publicaba Arca, una de las tantas empresas que fundó y que vaya uno a saber en qué manos está, a lo mejor incluso en las buenas. Yo no había olvidado el primer desabrimiento pero él, evidentemente, no le daba importancia o, quizás, como lo entendí mucho más tarde, veía las cosas de otro modo, más civilizado, aunque esta manera de decir sea pobre; tal vez las veía como un “crítico”, es decir alguien que puede decir lo que piensa y siente sobre una palabra escrita sin desplazar tal pensamiento ni sobre la persona ni sobre la totalidad de su obra o de sus posibilidades, como era mi caso. En ese instante, y pese a esa invitación, yo no me imaginaba que mis relaciones con Angel serían todo lo duraderas que podían ser, solidarias, afectuosas a punto tal que, desde más o menos 1966 en ade-

lante, me era difícil concebir no estar con él, no encontrarme con él si estábamos en el mismo país o en la misma ciudad.

Ya no recuerdo con exactitud cuándo nos conocimos físicamente; sí sé de un sábado por la tarde, en mayo de 1966, que me acompañó a pie hasta la Facultad de Filosofía y Letras, donde yo estaba dando un curso denominado "paralelo". Hablábamos entre las calles adoquinadas del Once, analizábamos, establecíamos, seguramente, parámetros o el convenio que duraría luego toda la vida. Nos escribimos después, cuando yo estaba en Europa: en una de sus cartas me describió con patetismo de naufrago su salida de Montevideo y su llegada a San Juan de Puerto Rico; esa carta debe estar en Buenos Aires de modo que no la puedo ver ahora, pero me quedan dos o tres imágenes que, en mi soledad de Francia, me impresionaron mucho: el exceso de trabajo, dos, tres, cinco tareas simultáneamente, fallas en el corazón, la situación política y ese conjunto de factores que lo impulsaban a huir, casi agarrándose con las uñas a los asientos del avión, enclaustrándose en una habitación blanca de una clínica de San Juan.

Y, sin embargo, las cartas nunca fueron sólo personales, siempre se trataba de algo, de una idea o de un proyecto, pero también de una opinión que, con el correr de los años, en Angel sufría un proceso de politización cada vez mayor. Quizás por eso, un día de 1971, en Montevideo, después de una manifestación del Frente Amplio, sabiendo que llegaba de los Estados Unidos, fui a Carrasco a esperarlo, me dí ese gusto, recibirlo en su propia casa, repuesto del cuerpo, animado en sus proyectos pero tan escéptico como el que más acerca de las posibilidades del Frente tanto como de la simple perduración de la mera democracia uruguaya, que tantas seguridades nos había dado a los argentinos quienes, como recompensa, nunca escatimamos los chistes a su respecto. Tengo la impresión de que Angel era uno de los pocos que había considerado y entendido que el golpe argentino de 1966 abría una nueva era, algo más ominosa, como se verificó después, que todo lo que habíamos vivido hasta entonces: los militares uruguayos ya gruñían y mientras emitían esos sonidos, y sin dejar de tomar el abundante mate con que los uruguayos entienden el heideggeriano "ser en el tiempo", Angel y Marta reiniciaban una empresa montevideana, ella tratando de hacer una semiología de la vida cotidiana, aldeana quiero decir, él reiniciando tareas editoriales y lecturas que lo apartarían un tanto de una sociología inicial: de un poco antes, y como manifestación ya de tales cambios, es su libro sobre *Rubén Darío y el modernismo* con cuyas síntesis yo mismo descubrí que mi modo de ver el modernismo era estrecho y poco imaginativo. Justamente, ese modo estrecho lo expresé en Cuba, en 1967,

como si la atmósfera cubana me obligara a ser papista y sintiendo, a medida que lanzaba mis ineptias, que se me escapaban demasiadas cosas como para poder hablar de la cuestión; en una jornada memorable, en la que el viejo Pellicer me fulminó con los ojos y otro viejo, Manuel Pedro González, se distrajo, Angel me tradujo, me reinterpreto, extrajo los hilos de las escasas puntas que yo había dejado abiertas. Acaso como gratitud a su labor de salvataje me prometí volver sobre el asunto, me prometí no esquematizar, creo que ahí entendí que eso que arrogantemente asumíamos algunos como “sociología” de la literatura no era más que un reduccionismo que se pretendía alta política. En ese entonces, Angel tenía buenas relaciones con los cubanos, era admirable cómo conocía sus problemas y temas y cómo discutía con ellos con facilidad, aconsejándolos, entendiendo su asunto, proponiendo salidas a lo que podía insinuarse como nubarrones que estallarían poco tiempo después.

Lo mismo ocurrió en Xalapa, en 1972, cuando ambos, así como Jacques Leenhardt, fuimos invitados por Mario Usabiaga a Xalapa: nos llevamos bien, nos entendimos, acaso le pareció un poco larga mi plática sobre Cortázar, apenas de tres horas, pero eso era menos importante que ir ajustando las ideas, ir viendo el proceso latinoamericano y las inevitables separaciones que se iban produciendo en virtud, justamente, de un proceso político que poco antes algunos como yo habían pretendido entender a través de la literatura. Era el momento en que en México Echeverría intentaba una reconciliación con los intelectuales lastimados por el 68 y lo estaba logrando, con el dolor del abandono de algunos escritores jóvenes para quienes Benítez, Fuentes y otros renunciaban, no se diga Octavio Paz quien, seguramente, no fue requerido por Echeverría o no respondió al requerimiento. Angel explicaba esa política en el interior de un volkswagen que trotaba por la carretera del Golfo, desde el árbol de Cortés hasta Poza Rica: apretujados, dejábamos de ver las palmeras para tratar de entender ese conocimiento que para mí era inicial; yo me deslumbré con México en ese viaje de 1972 pero nada sabía, ni siquiera que todo eso sería pan de mis días algunos pocos años después. Miguel Galindo y Jacques Leenhardt recordarán esas conversaciones, así como José Emilio Pacheco, a quien vimos en México y Juan García Ponce con quien, gracias a Angel, pude hablar un poco de Klossowski, común objeto de admiración. Michelle Auban condesciende, a veces, a evocar esa noche.

En todos los países de América Angel tenía no sólo una red de amigos sino algo que decirles; a veces sus frases se entrecortaban por la risa o, cuando aparecían en escena nuestros comunes endemoniados, es decir los integrantes de la otra mafia, la desçortés y desagradable, apenas

sonreía pero nunca echaba leña al fuego. Como lo he señalado, una rigurosa separación aislaba lo personal, el agravio, de lo político o de la irresponsabilidad literaria: creo que una afirmación sin fundamento lo ofendía más que un insulto personal; y si con tal afirmación se ponía grave y socarronamente alegre al mismo tiempo, pero vehemente siempre, con el insulto se ensombrecía y desanimaba, como si dijera “yo les estoy hablando de Atenas y ustedes me salen con el conventillo”.

Es curioso pero hacer esta evocación de Angel no me pone, a mi vez, triste; es un sentimiento cálido, juguetón, fraternal, el sentimiento de lo no resuelto o de lo que espera todavía una aclaración: creo haberlo dicho en alguna oportunidad, Angel me debía una carta, que estuve esperando durante casi dos meses después que murió, de tal modo que no sé exactamente qué pensaba de lo que yo le había dicho, acaso lo estuvo pensando y el argumento quedó ahí, en esa zona intermedia de lo no dicho, en ese limbo que permite, como es el caso, no dar por muerto a alguien simplemente porque el caso no se cerró.

Luego nos vimos en Caracas dos veces por lo menos, en el mismo año de 1975: nuestros respectivos exilios aparecían como bastante consolidados y yo, como es usual en mí, me hacía mala sangre mientras que Angel examinaba y examinaba, sentados en el balcón de su casa, en las Colinas de Bello Monte, llenos del perfume inmemorial que tiene esa ciudad. Pasaba gente por su casa y Angel explicaba, hasta le veía posibilidades a la sensatez de los comunistas uruguayos, frente a la catástrofe tupamara, me discutía y peleaba ciertas opiniones menos rutilantes que yo expresaba sobre esos heroicos luchadores o sobre los adeptos al maoísmo que por entonces esgrimían todavía sentencias extraídas del Libro Rojo. Pero ninguna disputa nos alejaba: cuando logró concretar el proyecto de la Biblioteca Ayacucho me incluyó en el equipo consultor y otra vez nos vimos ahí con otra gente, como en el 68 en Costa Rica, colaborando con César Fernández Moreno para que la Unesco preparara un volumen sobre literatura latinoamericana. El proyecto venezolano era más ambicioso y los personajes invitados de más postín: Sábato habló ante Carlos Andrés Pérez, Roa Bastos se enfermó, con Tulio Halperín, Carlos Real de Azúa y alguien más nos deslizamos a ver Emaunuelle, una simpática muchacha al decir de Real de Azúa; estaba también el boliviano Céspedes, Leopoldo Zea, José Emilio Pacheco, el colombiano Cobo Borda, Juan Sánchez Peláez, Enrique Anderson Imbert, Arcadio Díaz Quiñonez, Sergio Ramírez, tantas vidas, tantos destinos. Y, entre todos, Angel seguía con una pertinacia que, puesta en descubierto, denunciada, era asumida como un rasgo gallego e inmigratorio, tenacidad sin nombre y sin fin, las cosas hay que hacerlas y se hacen y además

veinte cosas, estar en todo, Angel fue uno de los sujetos más renacentistas que yo he conocido.

De eso mismo me habló la vez siguiente, en Florida, Gainesville, cuando Real de Azúa todavía estaba vivo y había que sacarlo del Uruguay porque se ahogaba, lo ahogaba además su muerte. Entre las palmeras y la augusta calva de Afranio Coutinho, oyendo atónitos las disparadas verbales de Yurkievich, ajustamos los tornillos al tema del modernismo que nos había convocado en Varadero, nueve años antes; estaba también Schulman y en el juguetón desplazamiento de un Congreso, en el que lo más interesante es que uno está como tentado todo el tiempo, pusimos al día nuestros respectivos credos, nuestras evoluciones. Yo creo que allí fue donde sentí que Angel podía ser un “homo politicus”, un ser responsable y “engagé” pero cada vez más atento a los procesos literarios, cada vez más capaz de entender el misterioso explosivo que cementa la poesía, cosa que no muchos entienden en nuestra a veces simplificadora fauna. Es más, ya lo encontré atento y preocupado por cuestiones de teoría que podían parecer, todavía, deformaciones elitistas desde el punto de vista de algunos que, charlistas o demagogos, despreciaban el laboratorio verbal, condenaban la alquimia de la palabra y se contentaban con la epidérmica gritería de lo evidente. ¡Cuánta gente estuvo allí, tratando de comprender lo que los gringos habían hecho de su porción de trópico! Ernesto Mejía Sánchez, José Emilio Pacheco, Irleamar Ciampi Cortés: todos, me imagino, evocarán esas jornadas pensando en Angel y en Real que, de todos, son los únicos que ya no discuten más con nosotros.

Eso fue en 1976. Angel seguía en Caracas y la siguiente vez nos encontramos en Francia, en Cerisy, reunidos por el cuidado de Jacques Leenhardt quien, sin duda, armó todo eso para recuperar lo que había sido nuestro encuentro de Xalapa, de 1972. Angel estaba dando un giro en sus preocupaciones o en sus temas: le estaba empezando a atraer la colonia, lo que, de todos modos, no le impedía ser un apasionado contendor de la modernidad. Yo hablé sobre Lezama Lima y Todorov me criticó la heterogeneidad de mis apoyos; fue Angel quien llevó la discusión a la heterogeneidad latinoamericana: bebemos en diversas fuentes y encontramos lo común a esas aguas, sostenía, cosa que los europeos no pueden hacer; quizás eso sea un rasgo de nuestra cultura, al menos universitaria, o de la crítica, cosa difícil de comprender para los europeos porque no proviene del rigor de una alineación sino de la avidéz de una absorción; es posible que nada haya en común entre Jakobson y Auerbach pero nosotros logramos “comunizarlos” sin renegar de ellos, un poco, tal vez, como ocurre con la comida aunque esto rece sobre todo para el cono sur. El castillo era espléndido, a veces llovía y había

muchos buenos amigos; creo que nos escuchábamos, al menos yo puse mucha atención en lo que dijeron Cortázar y Roa Bastos, Andreu y Goloboff, Yurkievich y Bareiro, Jacques y Angel. No sólo gracias a él pero siempre con su aporte, todas estas reuniones, tan anatematizadas por lo general, fueron para mí no sólo un motivo de aprendizaje sino una auténtica fiesta: las ideas saltaban, la avidez intelectual se justificaba. Y luego, con Angel, paseando por los jardines, el tópico de su tozudez gallega para enfrentar la vida: trabajar de sol a sol, sin desfallecimientos, casi cantando al amanecer, como los antiguos labriegos de donde salía: o, loureiro verde, de cuántas cosas me acuerdo.

En esa época, 1978, ya estaba queriendo vivir en Barcelona. Fui a la casa que Marta había arreglado y él no estaba: todavía no imaginábamos que la enfermedad estaba larvándose en ella, de modo que todo era gracia y encanto y, para mí, el milagro de una trashumancia dispuesta a recomenzar constantemente. Porque casi enseguida fue Washington: ignoro qué habrá sido de la casa que tenían en Carrasco, en Caracas, en Barcelona: conocí, también, la que tuvieron en Washington cuando ya no la ocupaban pero pensaban instalarse por un tiempo largo, luego de la beca Wilson que Angel había obtenido. Nuestros encuentros en los Estados Unidos y en México, ya casi los olvido, indicaban hasta qué punto todos esos desplazamientos alimentaban su espíritu, le renovaban la curiosidad; en virtud de tal situación he aquí que de pronto sabía más sobre el gran país del norte de lo que yo había podido imaginar nunca; lo mismo que de México, cosa que, como todos los sabemos, no es nada fácil. Se podía conectar rápidamente con la gente y hacía amigos que lo eran de verdad, como se puso en evidencia cuando el Departamento de Migraciones norteamericano lo desafió a una pelea en la que no estuvo solo. Alguien narrará, seguramente, ese combate: yo creo que lo ganó pese a haber tenido que migrar hacia tierras más propicias; todos conocen lo que pasó, saben que les ofrecieron la nacionalidad venezolana y colombiana, que intercedieron presidentes y que, por fin, Angel y Marta recalaron en Francia donde todo recomenzó, pero esta vez cerca de otros viejos amigos, Jacques Leenhardt sobre todo, para quien la desaparición de ambos sigue siendo una herida y un objeto de evocación permanente.

He olvidado por ahí un encuentro en Alemania, bajo la protectora sombra de Rafael Gutiérrez Girardot en 1973: de allí salió un volumen publicado por Monte Avila y unas borracheras grandiosas al borde del Rhin. También olvido un encuentro en Xalapa, de homenaje a Juan Carlos Onetti, y del que queda testimonio en un número de *Texto crítico* que publicó Ruffinelli; hay fotografías, hay todavía ese calor de

la discusión y del ponerse al día: “que harás”, “qué estás haciendo”, en ese intercambio ansioso que hacemos los emigrados y mediante el cual queremos restituir el tiempo perdido que se nos mete en los huesos, neutralizar los cambios funestos, conjurar mediante risas y chistes todas las demás amenazas que nos acompañan el ritmo. En Xalapa evocamos a Mario Usabiaga y aquel ya remoto e inicial encuentro, hablamos, nos cansamos: eso fue en 1980, antes de que me separaran del Colegio de México. Luego nos encontramos, creo, en Austin y, por fin, otra vez en México, a fines de 1983 pero sólo por teléfono, sellando una reconciliación que no podía sino producirse y que debía cerrar una serie de equívocos excesivamente prolongados en 1982 y 1983. Tengo las cartas que dan cuenta del desencuentro, quizás las mías estén por ahí, entre sus papeles norteamericanos o franceses. Me decepcionó no poder verlo, le escribí y ya no tuve respuesta, el accidente de Madrid acabó con todo.

Entre 1982 y 1983 tuvimos un entredicho epistolar; Angel no había apreciado el tono y la temática del número de *Temps Modernes* dedicado a la Argentina y organizado por Viñas y Fernández Moreno; yo lo defendí y ahí empezó una pelea de aclaraciones que fue dura y por momentos dolorosa; había de por medio juicios sobre personas pero también conceptos: a Angel se le había puesto que los escritores no estaban en condiciones de hablar de política y yo que por qué no, pero no trivialmente en el sentido del derecho universal a la opinión sino porque entendía, y entiendo, que la experiencia de la escritura no puede estar ausente, como dimensión, de la enunciación política. Angel tomó a mal una descripción que hice de Rouquié situándolo como social-demócrata: pensó que era despreciativo y se puso a elogiar la social democracia como si, desde mi punto de vista, fuera una realidad en América Latina y no, por el momento, un negocio. Angel indicaba que para hablar de política había que estudiar economía y sociología y a mí eso me parecía restituir poder a quienes, desde un discurso aparentemente técnico, habían contribuido largamente a la confusión y al desastre. Poco a poco fuimos acercando nuestras posiciones, poco a poco fuimos entendiendo, creo, que lo más importante cruzaba otro meridiano, el de un trabajo tenaz de desciframiento de los signos americanos en el que él estaba más lanzado que yo pero en el que, generosamente, me incluía. Por eso, su muerte es algo tremendo e injusto y nada fácil de aceptar.